

EL CAMINO A LA LIBERTAD

Pedro era el monaguillo del pueblo y tenía un gavián. Se lo había encontrado en el suelo del cementerio que había junto a la iglesia y él pensaba que se había caído del tejado porque allí había un nido de gaviñanes.

Tenía todas las plumas, con alguna pelusilla blanca en la espalda y en el cuello y Pedro lo persiguió hasta que lo pudo coger. Sabía que en su casa no lo podía tener y decidió llevarlo a una choza de pastores que estaba abandonada a la salida del pueblo. Junto con el pastor prepararon una especie de jaula con una tela metálica para que no se escapara ni le pasara nada.

Pedro le llevaba comida todas las mañanas, unas veces lagartijas, otras saltamontes y algunas veces restos de carne que le daba el carnicero del pueblo.

El gavián fue creciendo y ya no tenía pelusa blanca. Era muy bonito, con los ojos brillantes, las patas amarillas y las uñas muy afiladas. El gavián se acostumbró a Pedro y piaba y aleteaba de alegría cuando le veía llegar.

Pedro convenció al cura para que le dejara tenerlo en la sacristía comprometiéndose a llevarle comida y limpiarlo. Todos los días lo soltaba un ratito y siempre volvía a su brazo.

El cura iba a otros pueblos a dar la misa en un cochecillo blanco, un seat 600, que tenía. Pedro siempre le acompañaba y consiguieron acostumbrar al gavián a que les siguiera volando por encima del coche.

Un domingo que iban a dar la misa por primera vez a otro pueblo, al llegar a un cruce, dio la mala suerte de que había otro seat 600, también blanco, y el gavián se confundió y lo siguió. No volvieron a saber nada más de él.

Pedro y el cura rezaron para que volviera el gavián pero con el tiempo comprendieron que el gavián no había elegido otro coche, sino la libertad.

Sara Molina